

## “Teatro subversivo en los años 60

### Historia del Teatro Español Universitario (T.E.U.) de la Facultad de Derecho en la Universidad Complutense de Madrid”.

#### Éride Editorial

Un libro que, además de teatro, es histórico de una etapa política española dictatorial en la que se creó un caldo de cultivo para que se abrieran caminos de libertad. El arte creó horizontes, empujó una lucha necesaria para las personas y para la sociedad. Grupos sueltos aportaron su lucha, su granito de arena confluyendo en lo que luego sería el gran impulso para la Transición. La actriz universitaria, María África, en su introducción comenta que para aquella actividad tuvo una función social insustituible y fue una comunicación esencial.

También el autor, Manuel Valero, observa en su prólogo y en el contenido de sus guiones teatrales el ambiente de aquellos tiempos, de aquella lucha, de las limitaciones, de los recovecos y censuras que hubo que sortear, y sufrir. Es curioso que seis décadas después lo extraño y anacrónico sea lo que en esos años fue lo normal, cuando se tacharon de locura “revolucionaria” cuestiones de sentido común. Es en este aspecto que muchos pasajes hacen saltar una sonrisa en el rostro al leer los textos de las obras que presenta este libro.

Una pena que no vayan a ser representadas en la actualidad, pues aún conservan sus moralejas, sus mensajes reivindicativos, perfectamente útiles hoy. Parece que el teatro se convierte en un espectáculo de entretenimiento, de buscar en lo clásico haciéndolo arcaico y se pierde la frescura del sentido de comunicar desde un escenario obras contemporáneas. Los actores se conforman con lo que les dan. El teatro aficionado parece imposible. Tampoco hay una demanda apasionada que lo solicite. Cada vez más la escena y la palabra están secuestradas en las pantallas. Lo que hace que la conciencia social se esté disecando.

Incluso obras que son espejo el mundo actual, quedan perdidas en la nube o en carpetas que nadie abre. Si el teatro es la conciencia social expuesta, podemos asegurar que hay poca. Puede que opiniones, quizá posicionamientos, pero sin debate, sin manifestaciones creativas el conformismo y la sumisión están a la orden del día. En aquellos años 60 hubo, sin embargo, lucha, en las calles, en las aulas, en los juzgados. ¿De qué ha servido? Pienso que mucho, pero si se estanca ahora el valor del arte es en sí mismo.

De grupos teatrales, con perspectivas sociales, se ha pasado a escuelas oficiales, para hacer cantera de cine y de un teatro encorsetado. Por mi parte cogí aquel testigo quince años más tarde, desde luchas estudiantiles a grupos de teatro, como *Aa Di Parpant*, y la lucha de una nueva izquierda, nueva a una nueva situación ante la sociedad de consumo y tecnológica que hoy se hipertrofia en todos los sentidos. En esta fase coincidí con el autor, discrepantes, pero con el tiempo abrazados en el mutuo respeto y amistad. Los dos pasamos por el Instituto San Isidro de Madrid.

Comenta sobre un aula de actividades culturales. Muchas permanecieron cerradas después. Recuerdo que un pequeño grupo de estudiantes abrimos una, la DAC (Delegación de Actos Culturales) de la Facultad de medicina en la Universidad Complutense de Madrid. Luchamos contra la LAU, Ley de

Autonomía Universitaria, que cayó. Luego contra la Ley de Reforma Universitaria, LRU, que se impuso, sin cambios substanciales. Creamos la revista “*El Timo*”.

La portada de este libro que comentamos refleja el antecedente de estas luchas, cuando se enfrentaban en aquellos años 60 a los grises, faltando el respeto a la Dictadura y enfrentándose a ella en la medida de sus posibilidades, lo que supuso mucho, dada la represión. Pero la mentalidad de la juventud empezaba a cambiar. Mientras que en España se creaba un caldo de cultivo para vislumbrar la democracia, en Francia y Alemania se sentaban las bases, gracias a los Situacionistas, de entrar en una nueva época con otra mentalidad, lo que estalló en el Mayo del 68 que se extendió desde la universidad de Nanterre a la Sorbona de París y a las calles de toda Francia.

“LAS FARSAS”, representada el año 1965. Casi todas las obras se presentaron al público una vez, otras ni el estreno, pero sí horas de ensayo, de reflexión, de preparación. La ironía abunda, refiriendo cosas a otros lugares, donde los cómicos ganan mucho dinero, caso de Italia. “*Allí entienden*”. En lugar de hablar de hambre, de dieta, que abunda. O “*la inacción nos comía a todos*.” Se habla de las perras, aquellas pesetas de entonces. Más que denunciar a modo panfletario, lo que hace este texto es poner un espejo al público, para que se vean, como la de “*esas mujeres que entiende la vida a su manera*”. Cada personaje representa a ¡tantos moldes sociales! “*Eres un ave de corral!*”, para decir que no vuela, que carece de libertad. Es el idioma de la clandestinidad. El papel social de la mujer queda retratado. “*¿Quedarse en el establo?*” “*La culpa es de las ruinas*”.

Entre los actores he visto a Javier Lostalé, que muchísimos años después coincidí con él en algún recital de poesía de León. Han pasado los años, da vértigo ver las fotos de juventud, a pesar de que el autor mantiene el temple, la pose de juventud que rezuma utopía.

Escenas de gritos y lloros que afloran un inconsciente del que habla Freud. El teatro también se lee, pero su fuerza está en su representación, que podemos imaginar. A veces he leído partes en voz alta. En otras partes se convierte en un texto demasiado narrativo. Manuel quiere dar demasiadas explicaciones, cuando el teatro es expresión, su mensaje necesita ser sentido, no únicamente comprender. En cualquier caso, Manuel Valero ¡grita! desde el arte dramático, desde los versos, desde la lucha social. Como enseña Stalivnasky, el actor debe crear los sentimientos. El autor diseñarlos. Partes que siguen siendo provocativas en la actualidad. Y la sempiterna soledad infinita, que aparece como fondo de manera explícita.

Dos personajes se dan cuenta que su trabajo es una farsa, “*somos como muñecos de una farsa*” “*la sociedad exige que se repartan las inmoralidades*”. ¿Y no sucede hoy algo parecido? Cambiar de vida exigía cambiar de manera de pensar, de afrontar las relaciones, de posicionarse ante el mundo, para lo que había muy pocas posibilidades. Eso era la represión en el sustrato psicológico de las personas. “*Graciano se marchaba todos los días del mundo*”, “*te debes marchar, experimentar el mundo*.”

“*Todas las calles están llenas de caretas*.” Una metáfora de una realidad pertinente. Pensamos que la palabra “persona” viene de un significado originario que es “máscara.” Los personajes se quitan la misma en el escenario, pareciendo lo contrario. No hace falta el discurso sino el dramatismo, de teatro se trata. Un final incierto y una pieza teatral que sigue siendo subversiva, porque nos hace ver la necesidad de cambiar por dentro.

“PUEDE HABER UN POBRE DETRÁS DE LA PUERTA”, representada año 1965. Una obra dicharachera, un tanto cómica y esperpéntica, yo diría incluso que rabelsiana, en cuanto a un humor que pone las palabras en la llaga de lo que quiere denunciar. ¿Es culpable la pobreza o lo son los pobres? ¿Hay culpa? “*Un loco se pone a gritar esas tonterías que todo es de todos...*” “*Con las excesivas reglas, en estos tiempos se puede esperar de todo...*”. Una obra corta que hace de telonera para la representación de “La excepción y la regla” de Bertolt Brecht. El teatro del absurdo, como el texto de Valero, cuando el pobre se empieza a quedar con las cosas de un rico banquero, engatusando a la criada. Las tornas cambian.

“CAÍN”, obra que no fue escenificada (año 1967), al menos se hizo el ensayo general. Quizá habrá que hacer una obra sobre aquel proceso de censura y de lucha. Comenzaba a germinar el movimiento estudiantil. Por aquellos días una obra que experimentaba con el *Teatro Masa*, fue abortada por la intervención policial, junto con “*Ciugrena*”, simulando “*Guernica*”.

Recuperar la lectura de estos textos es hacer un homenaje a aquel empeño y dar vida a ese arte, siendo de agradecer que el autor lo abra a los lectores. “Cáin” es una sátira de aquellos tiempos. Los generales cuando hablan todo resulta muy bonito. Cuando van a la guerra siempre regresan. El pueblo es un personaje, se pregunta “*¿Fue siempre así?, ¿será siempre así?*”. Puede que de otra manera. Los hermanos Cáin y Abel vuelven a hablar. Han pasado miles de años y continúan igual. Para Abel la ambición y el egoísmo se han convertido en una fiera en su hermano. Carece de escrúpulos. Es rico. Abel pide a su otro hermano Seth que se unan como desposeídos. Hay “*un idioma universal; el idioma de la pobreza.*”

Es una obra simbólica, con analogías de la realidad de su tiempo-siempre. Con ese idealismo de juventud pretende salir de una realidad que oprime, queriendo ser “*arquitectos de un mundo nuevo*”. Realza el heroísmo simple y posible/real. Para los arrogantes sumisos “*la desobediencia y rebeldía son las peores enfermedades que puede sufrir una sociedad civilizada.*” Para los otros “*el amor a la humanidad es nuestro símbolo*”. Al final Abel vuelve a morir de un disparo. Fue causante de una rebelión.

“EL CRONÓLOGO”, escrita el año 1967. Se hizo una lectura colectiva dramatizada. Es importante resaltar esta fecha, porque lo que plantea es una realidad que ha acertado en su distopía, pasado el tiempo. Un modelo industrial fundamentado en una represión silente. Algo que parecía absurdo, increíble, sin sentido está sucediendo. Es de todas la que más me ha gustado. Valero lo plantea como “*el absurdo como método de reflejar más profundamente la realidad*”. Pero además tal caricatura ha sido real.

Una empresa exige rapidez y eficacia en sus trabajadores. Los obreros no se pueden distraer, porque les descuentan el sueldo. Es un tercer paso inventado, que debería parecer lógico en la evolución del fordismo, el taylorismo y el control máximo. Un ejemplo hoy es la limpieza de los hospitales, con un aparato en la puerta para con una aplicación del teléfono móvil saber cuándo entra a la habitación y cuando sale, sin poder pasar ni mermar el tiempo establecido. Ya casi ni saludar a los pacientes pueden.

Esto que cuenta el autor lo estamos viviendo con la Inteligencia Artificial que gestiona y planifica los horarios de trabajo, su ritmo, los objetivos. Algo que en aquellos años de los 60 era inimaginable. Los sindicatos protestan. “*La jornada de trabajo son 8 horas, pero para mí son 24 porque cuando salgo sólo tengo ganas de dormir*”. Y en la obra aparecen “*cerebros electrónicos*”, un antecedente imaginario de lo que luego ha sido la IA. La peor de las condiciones laborales que pudo imaginar

Valero la tenemos en marcha, sin que nadie haga nada, sin que nadie pueda hacer nada ante un control efectivo y total. Los trabajadores reciben descargas eléctricas si se distraen. Hoy las máquinas y aparatos tienen sistemas de aviso, pitan si se deja de teclear, o si se atasca una producción en cadena. “*Esto ya es demencial*”, el teatro y la realidad se unen. Habla de “*la cifra que ha arrojado la calculadora*”, ¿no es esto un algoritmo? Y los axiomas como respuesta: “*Las normas son las normas*”. El propio jefe se convierte en un empleado como el obrero. Así lo reconoce. Y hoy el papel de los directivos es exigir que se cumpla lo que dice el algoritmo que es quien manda, personalizado, de manera que va más allá de lo programado. ¿Buceó el autor en su inconsciente o en el inconsciente colectivo?, porque retrató lo que se venía encima. Ya no es una lucha contra la explotación, sino contra el control, pero no arranca porque, precisamente, estamos controlados. Termina con una rebelión contra los robots, los jefes huyen. Un canto de esperanza, pero hoy las máquinas y maquinaciones no se ven. ¿Boicotear los ordenadores?, ¿los sistemas informáticos? Si alguno falla, si cae el sistema como dicen, se paraliza todo. ¿Y antes? ¿No funcionaba el papel y el lápiz? Es un dislate. Al que nos adaptamos a través de la locura que hace que todo este modelo parezca normal. Por eso bueno será leer esta obra para comprobar que es una imposición vestida de progreso y desarrollo tecnológico.

El arte, es el arte de crear nuevas realidades para evitar que las nuevas tecnologías e industrias la conviertan en una prisión.

El libro recoge copias de partituras, cartelería de las obras, fotos de los actores y actrices. Y una en la que se ven a los mismos antes y ahora. Referencias a un compañero de entonces como lo fue Arrabal, Buero Vallejo, cuya obra “La escalera” se convierte en un espejo del mundo al que se refiere. Referencias a Unamuno, a Camus. Documentos de solicitudes, de multas por sus actividades como estudiante contra el Régimen de Franco. Juicios a los que tuvo que someterse. Y Valero poeta, y guionista y actor. Y rebelde. Y defensor de los derechos ciudadanos en la lucha social y profesionalmente, comprometido siempre.

No, no es un teatro del pasado, sino del futuro. ¡Mucha mierda!

Y a modo de *posdata*, hace poco me envió Manuel una obra escrita más actual, sobre el ecologismo, su lucha de años y del alma. “LA BURBUJA” (Farsa teatral) del año 2022. Una parodia que refleja una realidad esperpéntica y sin sentido. El contenido es a través de conversaciones que son invisibles, se platican en la privacidad de lo chabacano. Algunas han aflorado en el mundo real y coinciden con este teatro de lo “irreal.”

Un espectador se pregunta “¿Cómo se puede ocultar todo esto a la gente?” La conclusión que se saca es que nos consideran como conejitos de Indias. Un accidente debe ser tapado, aunque las consecuencias sean nefastas. “*Las consecuencias tóxicas de este accidente son mucho más graves que las de ningún siniestro registrado hasta ahora.*” Y ¡claro!, como si del Manual de la prensa se tratara: “*¿El enemigo? Pues está bien claro. ¡Los subversivos, los anti-progreso!*” es algo que hemos vivido muchos ecologistas y pacifistas con el autor, codo con codo. Las respuestas son siempre tecnicismos, balones fuera, como idioma de la farsa, para quienes ambicionan únicamente beneficios para ellos. Que nada se sepa. Que se niegue la verdad. Así transcurre esta “ficción” teatral. Se califica a quienes plantean informar y analizar qué sucede, como catastrofistas, apocalípticos, conspiraranoicos... Pero más, son personajes estafalarios, extravagantes y otros cínicos a quienes dan relevancia para desacreditar la argumentación que se pueda ofrecer. “*No vamos a dejarnos llevar por cantos de sirenas supuestamente ecologistas. Este Gobierno es el más ecologista de todos porque*

*asegura los puestos de trabajo y el pan para todos. Este Gobierno no va a temblar cuando empuña el timón del futuro*". Se palpa que este territorio Manuel Valero lo conoce de primera mano y quiere que se sepa. Dice el ministro: *"El progreso no se puede detener..."* ¿El resultado?

Lean esta obra, debería representarse aquí y ahora, para ver lo que vemos, aunque no queremos ver... *"El teatro es teatro porque es espejo de la vida"* (Elías Claudio.)

**Ramiro Pinto Cañón, ecologista, escritor, fundador del *Agora de la Poesía de León***